El separador de los secretos

Cuento original · Lectura orientativa de 8–10 años · Aureliano Vargas

Nora era capaz de terminar un misterio antes de que sonara la campana del último recreo. Rafa, en cambio, necesitaba una semana: leía dos capítulos, guardaba el libro y pasaba un rato pensando en las pistas. A los dos les gustaban los enigmas, pero no siempre hablaban de ellos de la misma manera.

Los viernes, Meli se encargaba de la pequeña biblioteca del aula. Ponía los libros sobre una mesa y dejaba junto a cada uno un separador escrito por alguien que ya lo había leído. La idea era sencilla: si no sabías qué elegir, una recomendación podía ayudarte.

El problema empezó con un misterio llamado El ruido del pasillo. Nora lo terminó el lunes y, emocionada, escribió en su separador: «La vecina fue quien movió la caja y provocó el ruido. ¡Yo sospechaba del gato!».

El viernes, Rafa tomó el libro, leyó el separador y lo devolvió sin abrirlo.

—¿No lo quieres? —le preguntó Meli.

—Quería descubrir de dónde venía el ruido —respondió—. Ahora ya lo sé.

Pronto aparecieron otras tarjetas que contaban los finales: quién encontraba la llave, qué había dentro del sobre, cuál de los personajes mentía. Los libros seguían en sus estantes, pero cada vez menos compañeros pedían prestados los misterios.

Cuando Meli retiró las tarjetas, Nora se enfadó.

—¿Ahora está prohibido decir por qué me gustó un libro?

—No —contestó Rafa—. Solo quería enterarme cuando llegara a esa página.

Nora abrió la boca para responder. Luego recordó cómo había leído ella El ruido del pasillo: había sospechado de cuatro personas y cambiado de opinión tres veces. Si alguien le hubiese dado la solución el primer día, se habría perdido esa parte.

Meli puso sobre la mesa un trozo de cartulina doblado por la mitad.

—¿Y si una recomendación tuviera dos lugares? —preguntó—. Uno para quien todavía no ha leído el libro y otro para quien ya lo terminó.

En la cara exterior dibujó una ventana sin palabras. Debajo escribió: «Una tarde, alguien oye un ruido detrás de una puerta. ¿De dónde vendrá?». No contaba quién lo causaba ni por qué. En la cara interior anotó: «Para abrir después de leer» y dejó espacio para hablar del desenlace.

—Parece una puerta de verdad —dijo Rafa—. Puedes decidir si la abres.

Nora tomó otra cartulina. Quiso escribir: «La vecina es la responsable», pero se detuvo antes de tocar el papel.

—Por fuera pondré: «El ruido se repite siempre a la misma hora. ¿Será una pista?» —decidió.

—Esa pregunta sí me da ganas de leer —admitió Rafa.

Los tres redactaron una norma para el estante: la parte de fuera se podía leer antes de elegir; la de dentro se abría solamente después de terminar el libro o con permiso de quien lo iba a leer. Meli dejó un modelo plegado para que nadie tuviera que adivinar cómo hacerlo.

La semana siguiente, Rafa pidió prestado El ruido del pasillo. Esta vez llevó el separador cerrado entre las páginas. El lunes leyó hasta que apareció una caja vieja. El miércoles entendió por qué Nora había sospechado de un gato. El jueves descubrió una pista nueva: el ruido se repetía cuando una vecina entraba en casa. Y el viernes llegó al final.

En la biblioteca, Nora ya lo esperaba con la tarjeta interior abierta.

—¿Viste? ¡Era la vecina!

—Sí, pero yo me fijé en otra cosa —dijo Rafa—. El ruido aparecía siempre a la misma hora. Esa pista estaba desde el principio y casi no le presté atención.

Nora lo escuchó con sorpresa. Habían leído el mismo libro, pero se habían detenido en pistas distintas.

Rafa escribió su comentario en otra tarjeta interior: «La hora repetida me ayudó a entender la respuesta. ¿Qué pista te convenció a ti?».

Meli colocó los dos separadores juntos, cerrados, junto al libro. Desde fuera se veían dos preguntas y ninguna solución. Por dentro había dos maneras de conversar sobre el final.

El viernes siguiente, una compañera tomó el libro y sonrió al leer la primera cara.

—No me digan nada todavía —pidió.

Nora y Rafa se miraron. Por una vez, ambos tenían exactamente la misma respuesta:

—Cuando termines, hablamos.